



EL ESPÍRITU DE ASOCIACIÓN.

NUNCA de los impulsos mas poderosos y eficaces del progreso de los pueblos es la asociación, porque su espíritu obedece á las sabias leyes que rigen los destinos de la humanidad. El hombre es un sér eminentemente sociable y creado para ser dueño del mundo; pero no pudo tomar posesión del primer palmo de terreno mientras no se asoció al hombre; desde la tribu, forma primitiva de los pueblos, hasta la nación soberana y poderosa, deben su sér á la asociación. Ella ha

realizado todos los grandes milagros del trabajo humano, todas las grandes maravillas de la ciencia, todos los prodigios del arte, y ha vencido todos los obstáculos, por insuperables que hayan parecido, allanando el camino del engrandecimiento de los pueblos. Nunca aparece la humanidad mas poderosa ni mas grande, que cuando presenta el mayor número de adeptos alrededor de una idea, bien sea la adoración de la cruz, los derechos del hombre ó la independencia de un pueblo.

Ningún síntoma es mas consolador para un pueblo, que el desarrollo del espíritu de asociación, porque todo grupo de hombres que persigue una idea, establece un principio de armonía y de inteligencia que necesariamente ha de influir en beneficio de los asociados; pues aun cuando ellos, no llegaran á alcanzar el fin que la asociación se propone, ésta deja una huella imborrable con el solo intento, huella de amistades, de afectos, de enseñanzas y de experiencia, quiere decir, que toda asociación fomenta

en los asociados una de las virtudes mas fecundas en buenos resultados: la sociabilidad

Esta virtud es hija de la civilización y mejora á los hombres, no sólo en el sentido civil, sino en el sentido moral, porque los dispone al amor al prójimo, senda trazada por el amor divino desde los horrores de la barbarie hasta la felicidad de la estirpe humana.

El aislamiento produce en los hombres la antipatía á sus semejantes, la desconfianza y la duda, la misantropía, el hastío y la desesperación. Aislarse es anticipar la soledad de la tumba y acortar la duración del recuerdo póstumo, única forma racional y práctica de la inmortalidad.

El hombre aislado está dispuesto al pesimismo; y, cuantas veces uno de esos seres misántropos y huraños, concentrados y taciturnos, juzgan al hombre mas virtuoso y apreciable, por una línea del rostro, por un perfil incorrecto, por un rasgo pueril y por una apariencia equívoca, y sintiendo repul-

sión en virtud de alguno de esos detalles, pierden tal vez un amigo, un protector, un salvador inapreciable.

Por el contrario, el hombre sociable y comunicativo tiene menor número de preveniciones, preocupaciones y antipatías, porque no hay un solo individuo, por malo y corrompido que parezca, que no tenga alguna cualidad, algún rasgo apreciable, alguna acción noble. Las preveniciones infundadas, los juicios inexactos y apasionados respecto á los individuos, desaparecen con la asociación.

Un grupo cualquiera de personas á quienes reúne en determinado sitio y en hora prefijada una idea común, debe estar seguro que entre sus nuevos colegas ó asociados, por más que descubra vicios y defectos, llegará á descubrir también virtudes y afecciones que endulzarán algunos momentos de su vida.

Hace tiempo que el conocimiento de estas verdades ha ido creando en México asociaciones de todo género, que llegan ya á

un número considerable, no sólo en la capital, sinó en los Estados; pero entre todas las sociedades de nueva creación, las mutualistas son las que presentan más probabilidades de vida y de progreso, mientras que las sociedades puramente literarias y artísticas, casi sin excepción, se levantan un día lozanas y vigorosas á impulso del entusiasmo de unos cuantos, para morir después de inacción é indiferencia. La razón es muy obvia. Por más que el entusiasmo sea en ciertas circunstancias un agente poderoso para la realización de un pensamiento, es á la vez un resorte que no puede permanecer tirante por mucho tiempo; y toda empresa cuyo fundamento sea la pasión violenta ó las impresiones del momento, tiene que ser efímera. Para que una asociación subsista, es preciso que afecte y comprometa de una manera permanente los intereses privados y positivos de los asociados; y mientras más se liguen estos intereses entre sí en armonía con los intereses comunes de la sociedad, mayores seguridades tendrá esta de vida y de progreso.

En las sociedades mutualistas están combinados estos principios, está mantenido el interés individual, y la suma de estos intereses es el alma de esas sociedades y la garantía de su existencia; mientras que en asuntos puramente contemplativos, como la literatura en México, falta del todo la base única en que debe apoyarse la asociación, y por lo tanto, duran este género de sociedades, lo que dura el entusiasmo poético.

El día en que se establezca una sociedad literaria que tenga por objeto el mejoramiento moral y material de los literatos, cuando se discuta en su seno en vez de sonetos y madrigales, las importantes cuestiones de la propiedad literaria, de los tratados internacionales, de la elaboración del papel, de los derechos á los libros, de la reforma del arancel á este respecto y de la protección del Gobierno á la industria honrosa de escribir, entonces se habrá levantado en México la primera sociedad literaria útil, duradera y provechosa, no expuesta, como

las que hasta aquí han existido, á morir de un constipado al primer airecillo frío, que es el que sigue inmediatamente, según la rosa de los vientos variables, al entusiasmo y á la vanidad nacional.





Importancia de las fiestas



IMPORTANCIA DE LAS FIESTAS.

LA vida de los pueblos tiene forzosamente afinidades y semejanzas con la vida de los individuos, y como uno de los fines de la civilización es hacernos mas y mas agradable y llevadero nuestro tránsito por este mundo, tanto el individuo como el pueblo, mientras más se civilizan se divierten más.

Las adversidades y las penas, como inherentes á la condición humana, son hijas del destino; mientras que las diversiones y las fiestas son hijas de los hombres. El horror á los dolores y el amor á los placeres for-

man el criterio universal; y por más que los hombres de todas las creencias y de todas las latitudes puedan estar en desacuerdo peremne respecto á los asuntos mas serios, á los principios mas fundamentales de la religión, de la moral y de la política, están siempre de acuerdo en divertirse; al grado de que esta tendencia, en cuyo fondo hay un tinte de bondad innegable, puede considerarse como el paso mas avanzado á la fraternidad universal.

Desde los juegos olímpicos, que son el punto de partida de la cronología griega y el lazo de unión de los Estados independientes de Grecia, hasta la fiesta de la Villa de Guadalupe que es el lazo de unión de los católicos mexicanos, todas las diversiones del mundo han tenido el prestigio de unir el mayor número posible de individuos en una idea.

Si la forma de todas las religiones se hubiera reducido á la categoría de un estudio serio, como el de la filosofía, ó de una meditación solitaria como la de los índos, el

mundo actual sería necesariamente irreligioso.

Está visto desde los comienzos de la historia, que al hombre debe educársele divirtiéndole; y esta idea viejísima es la que constituye precisamente la novedad del sistema de educación de Froebel; sin duda porque al sér pensador, por grave y circunspecto que se le considere, debe dorársele la píldora; y aunque se trate de inculcarle la verdad mas clara, y la moral mas pura y la idea que más le conviene, esto debe hacerse divirtiéndole, halagando sus sentidos y uniendo lo útil á lo dulce.

De manera que lo que Froebel hace con los párvulos, en el kinden-garten, la religión lo hace con los hombres desde el origen de los cultos.

Y qué mucho que viva profundamente arraigada en nosotros esta propensión á la jarana y á la fiesta, cuando no bien nacemos concurrimos, aunque llorando, al festejo del bautismo; y apenas pasan cuarenta días concurrimos al festejo de la *saca á misa*;

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, N.M.

y no bien volvemos á la casa, cuando nos preparan á mansalva la confirmación y desde este punto y á medida que vamos entrando más en nosotros mismos, parece que todo el mundo no se propone más que divertirnos, como si no trajésemos al mundo más misión que la de gozar con todo y para todo: nodrizas, juguetes, paseos, espectáculos, comodidades, mimo, regalo, y sobre todo fiesta. Apenas nos brota el primer diente, torrejitas. Apenas conocemos la O por lo redonda, fiesta; y hacemos la primera comunión, y fiesta; cumplimos años, y nos lo festejan; y nos festejan cada vez que hacemos el milagro, inconscientemente, de vivir un año más; nos instruyen, nos enseñan lo que nos conviene y nos premian por eso; nos casamos y nos lo festejamos á nosotros mismos que es una gloria; y cuenta con que ya á estas alturas hemos perdido la cuenta de las diversiones á que hemos concurrido; y no satisfechos de divertirnos tanto, nos disponemos, sin eximirnos ni por asomo de semejante obligación, á preparar

las fiestas á nuestros hijos, y las de los hijos de nuestros hijos.

No parece sino que la humanidad, en los miles de siglos que está destinada á vivir sobre la tierra, está ahora en su período de infancia, porque como los niños no puede vivir sin divertirse... ¡Qué distintos aspectos tendrá esta humanidad cuando pase por los períodos de la juventud, de la edad viril y de la vejez!

Confesemos, entre tanto, que de todas las niñerías que han entretenido á esta humanidad niña, la Sede Apostólica tiene un mérito indisputable; ella ha sabido, con una perseverancia heroica, dar al orbe católico fiestas á porrillo, de día, de noche, de tarde, en casa, en la calle, en la iglesia, en secreto, en romería, en privado, en público, con pompa, con música, con cohetes, con velas, con faroles, con campanas, halagando la vista, el oído, el olfato y el gusto con todos los manjares; desde el pastel trufado, en la fiesta titular en el convento, hasta el cacahuete tostado de horno al aire libre; y está

probado que tanto afán de divertirse ha sido fecundísimo en resultados.

Sucede, es cierto, que por sana que haya sido la intención de la Iglesia, desde hace siglos, la cuestión de forma ha triunfado de la cuestión de fondo; y ya de ciertas fiestas religiosas puede decirse que de religiosas no les queda más que el nombre.

Basta lo dicho, para probar que los pueblos modernos deben vivir haciendo fiestas, y que graves ó alegres, serios ó juguetones individualmente, esta humanidad que empieza á vivir, no puede tener ni religión, ni instrucción pública, ni patriotismo sin sus fiestas correspondientes.

Hé aquí la necesidad imperiosa de hacer fiestas para cualquiera de esos tres asuntos de suyo tan serios y tan trascendentales; porque si pretendiéramos que cada individuo católico fuera un San Gerónimo, cada estudiante un Spinosa, y cada patriota un Cincinato, iríamos á buscar las cosas por el peor camino. Quítensele á París sus diversiones, y adios París; á la iglesia sus fiestas,

y adios iglesia; y á la patria sus fiestas cívicas, y adios patria.

Reasumiendo: ya que las leyes de reforma le quitaron al pueblo sus procesiones, démosle fiestas cívicas, y á todos esos dispersos de las fiestas religiosas extinguidas, agrupémoslos al rededor de la idea patriótica. Despleguemos gran pompa en las fiestas patrióticas de Setiembre en la capital de la República, hasta constituirlas en la gran feria Nacional, que atraiga á este centro de población la de los Estados de la Federación, ligados á México por líneas férreas; y despertando los cuantiosos y múltiples intereses del comercio, de la industria y del tráfico de esta capital, le habremos dado á las fiestas de Setiembre la base segura de estabilidad y de brillo, y habremos promovido un movimiento que habrá de influir necesariamente en la prosperidad de México.

A decorative border of black ink, featuring a repeating pattern of small flowers and leaves, framing the central text.

APÓLOGO NOCTURNO.